si se rendia, de ir á sorprenderle en el lance, y hacer bulla del caso.

¿Hay mas dulce contento, ni mas pura satisfaccion en la tierra, ni que llene el ánimo del mas sólido consuelo que el vencimiento de una pasion? Si Eusebio lo probaba en su corazon por haberse sobrepuesto á los incentivos de su amor, ahora que el Lord le manifiesta la intencion que tenia de ajarle el placer si se hubiera rendido, siente inundarsele el ánimo de sumo alborozo; ni se acordaba haber sentido jamas tan viva complacencia por haber resistido al lance, pensando á la horrible confusion y verguenza que hubiera arrastrado todos los dias de su vida si el Lord lo hubiese sorprendido.

Lleno de este purisimo consuelo llega al meson, donde el Lord se separa de él, pidiendole amigablemente perdon con la misma franqueza con que lo habia introducido en la casa que dexaban.

LIBRO TERCERO.

ERA ya muy tarde quando llegaron al meson; pero Hardyl no se habia acostado esperando á Eusebio. Este, viendolo con un libro en la mano, comienza á excusar su tardanza, con el motivo del Lord Som... = ¿Y qué necesidad teneis, le dice Hardyl, de darme excusas? no sois dueño de vuestras acciones? no me debeis dar cuenta ninguna de ellas, ni la quiero recibir. = Enhorabuena, no pasaré adelante; pero mañana os contaré el terrible lance que me jugó Milord, pues ahora es demasiado tarde, y querreis ir á la cama. = No, no, contadlo. Entonces Eusebio le hace entera relacion de la cena, del lance con Hernestina, y de la confesion que le acababa de hacer el Lord de haberlo tramado todo para probarlo.

Hardyl, habiendo oido esto con suma complacencia, le dixo: nada extraño, Eusebio, de la cabeza de Som... y si no hubiese estado asegurado de vuestros sentimientos desde el principio de vuestra amistad, os hu-

biera aconsejado á romper con él con buen modo. ¿ Pero en adelante cómo pensais comportaros ? = Con algo mas de reserva , pero no menos amigo , si busca mi afecto con buenas intenciones. No sé quebrar mi amistad por una ofensa , de que me pidió perdon á su modo , y que procede antes de liviandad que de mal corazon que no tiene. = No me atrevo á desaprobar vuestra determinacion; verémos con qué rostro se nos presenta mañana. = Con la misma franqueza que siempre , no lo dudeis. Su alma está tan disipada , que ninguna cosa le hace impresion , sino es quando le nace algun capricho que satisfacer.

Diciendo esto, se desnudaban para irse á la cama ; y con el motivo de quitarse Eusebio el trage á la francesa , que habia llevado todo aquel dia , recayó su conversacion sobre él , diciendo Eusebio : que aunque perdiese los treinta luises , no se lo pondria al otro dia por el embarazo que le habia causado , y por no ponerse otra vez en manos del peluquero ; sobre estos discursos dexaronse entrambos apoderar del sueño.

Al dia siguiente , despues de haberse levantado , mientras ronovaba el discurso sobre el caso con Hernestina , descubriendo Eusebio á Hardyl los diversos afectos que habia sentido , y todos los sentimientos de su corazon , se ven comparecer al Lord Som. . . en el quarto , haciendo sonar en la mano los treinta luises que Eusebio le habia ganado por la apuesta sobre el vestido , diciendo : creia despertaros al son de estas campanillas, pero me habeis ganado la mano. Ahí teneis, Don Eusebio, lo que os debo por haber mudado de trage : no hay para que exîja mas condiciones. = A mí nada me debeis , Milord , sino á la familia del ciego. = No me acordaba mas de aquel picaron , ni de sus hijas. Vamos pues esta mañana misma á llevarles estos luises , y con este motivo verémos si son hermosas : tengo ganas de ver hijas de un aguador. = Si hemos de ir con esa intencion , Milord , podeis dispensarme de acompañaros. = Os prometo , á fé de mi sinceridad , que no trato engaño. = No lo temo tampoco , Milord ; pero si debo ir con vos , ha de ser con el fin de socorrer á vna pobre familia. = ¿ Pues qué , esperais indulgencia plenaria por ello ? = La espero de la satisfaccion y complacencia que tendré de ayudar á una familia menesterosa , y no la espero de la liviandad de ver hijas de un aguador. =

Algun desquite habia de haber por lo de

ayer; pero enhorabuena: si quedais satisfecho con ello, lo quedo yo tambien, y vamos allá. = No es desquite, Milord, sino tomar el mismo tono de franqueza que debe concederme la vuestra. = Eso es cabalmente lo que me agrada: hombre franco, hombre de bien. Mandad poner vuestros caballos, que hoy quiero ir con vuestro coche: vos iréis con la pia y devota intencion de socorrer á las muchachas, y yo de verlas, y de divertirme un poco con ellas: pero os prometo que la lengua y manos no se desmandarán.

Eusebio condesciende, manda poner sus caballos; y haciendose acompañar de uno de los criados de la posada que sabía la casa del tio Anton, se encaminan á ella. No estaba ni él ni sus hijas, sino su muger, la qual, aunque extrañaba la venida de aquellos Caballeros que querian ver á su marido; pero sospechando que fuesen aquellos que le habian dado los treinta luises, les dice que habia ido con sus hijas á componer la tienda que queria abrir. ¿Y en donde está esa tienda? le pregunta el Lord Som... = Aqui cerca, responde ella: si quereis, Señor, iré á llamar á mi marido. El Lord le dice que sí, y dá orden al cochero que siga á aquella muger, que iba desalada hácia la tienda, y paran á la puerta en que ella entró. El Lord, sin esperar, baxa del coche seguido de Eusebio, y entra inmediatamente.

Anton que estaba sobre un banco proveyendo un estante de papeletas de polvos, avisado de su muger, se vuelve; y viendo á su bienhechor que entraba, salta del banco, y con transporte de júbilo, le dice, señalandole con la mano los estantes de la tienda: ved, Milord, los efectos de vuestra beneficencia. ¿Y los efectos de vuestro amor, le dice el Lord, donde están? Anton se para al oir esta pregunta, y luego le dice: ¿Señor, qué efectos de mi amor quereis decir? = Vuestras hijas, vuestras hijas. = ¡Ah, ah, ah! aqui dentro están: Julia, Liseta, venid acá. Julia y Liseta comparecen limpiandose sus rostros enharinados, y hacen su inclinacion al Lord, diciendoles su padre, señalandoles con la mano al Lord, que aquel era su singular bienhechor.

No, graciosas doncellas, les dice entonces el Lord, que vuestro bienhechor es este Caballero, mostrandoles á Eusebio. = ¡Yo, Milord! no quisisteis que lo fuese. Hijas, no es así: el dinero que recibió vuestro padre, lo dió todo Milord Som... = Bien, sea así;

sea Som... el que dió el dinero, todo eso no monta un caracol. Pero decidme, Anton, ¿bastaron los treinta luises para poner la tienda? = Bastaron, Milord; ¡pero encuentro tantos agujeros que tapar! = Ved aqui, dixo el Lord, como el hombre jamas llega á contentarse. Quando os dí los treinta luises, os pareció que os daba un tesoro, y ahora no os satisfacen. = Perdonad, Milord, no es porque pretenda recibir mas de V. Excelencia, habiendo recibido sobrado de vuestra suma generosidad. =

¡Voto á tal, que no sé comprehender cómo os resolvisteis á privaros de la vista por un muerto, para dexar de ver á estos dos vivos luceros de la mañana! sin duda tendrán ya las dos sus amantes: eso ya se sabe; son como pan de diezmo que no puede faltar. = ¡Oh! no Señor dixeron ellas; y Julia añadió: no tenemos dote. = ¿Como no, dice el Lord, pues y vuestra hermosura no es dote bastante para encontrar mil adoradores? = No Señor, dixo Liseta, mirandose las dos con risa, que somos feas. = Os parece, Don Eusebio, que sean feas estas muchachas? = ¿No oisteis, Milord, la razon que dieron para serlo, que no tenian dote? podemos repartir entre las dos los treinta luises, pues

se lo merecen: segun veo aman el trabajo, y el trabajo es un gran preservativo para las doncellas. = Preservativo? de qué, de mal de corazon? pues qué, no quereis que tengan marido? = Antes bien lo digo, Milord, para que lo tengan quanto antes: y así no les difiramos este consuelo.

Ved, muchachas, quan compasivo es este Caballero, dixo el Lord Som... pues á trueque de que no se os difiera el gozo de recibir de su generosidad treinta luises, quiere que me prive del gusto de oiros, y de contemplar vuestra hermosura. Vamos pues á contentaros, y hagamos partes iguales. Al sacar el Lord Som... el bolsillo, las muchachas mirabanse entre sí por lo que acababan de oir, centelleando en sus ojos la gozosa admiracion de lo que esperaban, y no acababan de creer. A Anton y á su muger baylabales el alma en el cuerpo, mirando al Lord y á su bolsillo con ojos preñados de sorpresa, de júbilo, y de ternura. Eusebio, con gozo enternecido, contemplaba todos aquellos afectos y movimientos, mientras el Lord con insensible despejo y liviandad contaba los treinta luises sobre el mostrador. Imagen de todos aquellos, que corriendo en pos de los placeres que probados engañan al corazon, y que

tal vez lo amargan, pasan despues con desdeñosa indiferencia por encima de aquellos, que apegandose al alma y á su memoria, dexan en ella impresa la dulce complacencia, que ninguna desgracia ni contratiempo puede jamas enturbiar.

Divididos los treinta luises en dos porciones, tomólas una tras otra el Lord, y las puso en las manos de cada una de las muchachas, apretandolas con la suya. Mas al tiempo que lo hacia con Julia, entra de repente en la tienda Gil Altano acompañado de otro criado del meson, diciendo á Eusebio, que lo enviaba Hardyl para darle la noticia que acababa de recibir cartas de Londres, y que creía que las inclusas eran de la América. No sintió tanto gozo Edipo quando le anunció el pastor la eleccion que hicieron de él por su Rey los Corintios, quanto Eusebio con la noticia que Altano le traía. Agitado de la esperanza de ver carta de Leocadia, se prestaba al sumo alborozo de su imaginacion, bien ageno del golpe terrible que le esperaba. = Milord, le dice: no puedo detenerme mas tiempo, perdonad: me son de suma importancia las cartas que llegaron. = Vamonos pues: á Dios, niñas de mis ojos, vendré á ver la tienda quando esté acabada, y á vo-

sotras tambien: esto es lo principal.

¡Oh, Milord, exclamó Anton! ¿cómo podré agradecer vuestra real generosidad? = Del mejor modo del mundo, amigo: os lo diré otro dia, pues ahora no hay tiempo para explicarme: á Dios, á Dios. Y diciendo esto, sube al coche en que estaba ya el impaciente Eusebio. La madre, encogida y alborozada, las hijas mas alegres y agradecidas, y su padre Anton, salen todos á la puerta, desde donde, con mil inclinaciones respetuosas, daban muestras al Lord Som... de su reconocimiento.

Eusebio, enagenado del gozo de la noticia de las cartas, sin atender á lo que el Lord le decia sobre las gracias y hermosura de aquellas muchachas, especialmente de Julia, que decia agradarle sobremanera, no veía ni oía sino su amada Leocadia, que le hablaba á su exâltada fantasía é imaginacion. Llegados á la posada, el Lord dexa á Eusebio, que corre apresurado á verse con Hardyl. Este le entrega una carta sola que venia inclusa en el pliego que John Bridge le remitia desde Londres, habiendo querido encargarse él mismo de recoger las cartas de los mercaderes, para darles esta nueva prueba de su afectuosa memoria. Eusebio cono-

ciendo el sobrescrito de la que Hardyl le entregaba, que era de Henrique Miden: ¿cómo, dice, no hay carta de Leocadia? puede ser que esté aqui dentro inclusa? Rompe la nema; la carta era sencilla aunque larga. ¡Cielos, Leocadia no responde! y comienza á leer de pies como estaba: tiene que sentarse, y apoyar los brazos á la mesa: el temblor le turbaba la vista.

=Hijo mio Eusebio:

En las fatales circunstancias que se acumularon por todas partes en tu daño, sirvenme, hijo mio, de no poco consuelo los buenos sentimientos que animan toda la carta, en que me participas tu llegada á Londres. A la verdad, necesitas de gran virtud para acabar de leer esta mia, sin que padezca quiebra, como lo espero, la constancia de ánimo con que llevaste la pérdida del coche, y de las cédulas de cambio en Darfort. Desgracia que puedo remediar, como lo hago, enviandote otras cédulas abiertas por los mismos mercaderes para que te aproveches de ellas, en caso que no hayan comparecido las perdídas.

¡Pobre Eusebio! ¿Reducido otra vez al oficio de cestero en el centro de Londres?

¡Quién lo hubiera creido, ni se lo hubiera podido imaginar, sino ese incomparable Hardyl, cuya prudencia y virtud, precaviendo los lances que pudiesen acontecer, preparó desde la niñez tu ánimo para llevar con fortaleza las desgracias que te tocan ahora de lleno!

Te confieso, hijo mio, que quando él te instruía en aquellas sus severas máxîmas para que te acostumbrases á sufrir sin alteracion ni abatimiento los trabajos que pudiesen caer sobre tí, lo tachaba de sobrado austéro. Mas ahora veo por prueba la sobrada razon que para ello tenia, no solo en la pérdida del coche, sino tambien en las otras desgracias que ignoras, y que no debo ocultarte, asegurandome de la entereza de ánimo con que sabrás recibirlas, sin que sean capaces de alterar tu salud, que es para mí la mas preciosa de todas las riquezas de la tierra.

Sabe pues lo primero, que aunque vive Leocadia, no responde á tu carta por la grave enfermedad que le sobrevino hace dos dias, y se teme que sean las viruelas. Diferí quanto pude el escribir para poder darte mas individuales noticias; pero no me permiten mas tiempo las instancias del Capitan del paquebot que debe llevar la carta, y que la es-

pera con impaciencia para zarpar. Yo me revisto de los sentimientos de tu corazon para compadecer el que te podrá causar esta noticia quando la leas; pero me lisonjeo, que sabrás poner esta desgracia en el número de la pérdida del coche, y del dinero, que llevaste con tanta indiferencia, ó á lo menos, sin gran dolor.

(Eusebio dexa caer la carta de las manos, para cubrir con ellas el llanto que le arrancaba tal nueva, diciendo: ¡ ó cielos, murió Leocadia! Hardyl, perdí para siempre mi Leocadia! Hardyl, á quien Eusebio leía la carta en voz alta, se siente conmovido de su llanto, y dexandoselo desahogar un poco, le dice: ¿ de dónde inferís que murió? no dice expresamente Henrique Myden que vive? = ¿ Dónde lo dice? = Vedlo donde comienza á hablar de su enfermedad. Eusebio se enxuga sus ojos empañados de lágrimas, y advierte lo que le decia Hardyl, no habiendolo reparado por la turbacion con que leyó el preámbulo de las desgracias: ya algo sereno, prosigue á leer la carta.)

Todos los dias vá y viene un propio de Salem á Filadelfia para informarme del estado de su salud; pero como la miro como á hija, me determino á partir mañana para

quedarme allí hasta que se recobre. Llevaré conmigo uno de los médicos mas acreditados; y en caso de necesidad, haré venir el Doctor Thaley, que me dicen acaba de llegar con el Gobernador de la nueva Jersey. Descanse, pues, tu corazon sobre mi afecto por lo que toca á Leocadia, y vamos á encarar el mas terrible golpe que la suerte te amenaza.

Me hallo con carta de tu apoderado en S. . . en que me dá parte de quedar embargadas tus haciendas, en fuerza del pleyto que te puso en la Audiencia un tio tuyo, hermano de tu padre, que dice haber llegado del Perú. Las razones que alega para pretender la herencia de tu padre, y defraudarte de ella en favor de sus hijos, son: que habiendo naufragado el navio en que ibas con tu padre á la Florida, no era verisimil que solo te hubieses salvado niño de seis años, habiendo perecido toda la tripulacion. Que es mucho mas probable que hayas sido substituido con otro niño, no bastando el testimonio de un marinero que podia tener interes en la dicha declaracion. Alega otras razones á estas semejantes, que aunque falsas á los ojos de quien te sacó de las olas con sus manos, pueden hacerse fuertes en las de los Abogados para tu daño.